

AMERICA

LIBRE

2

DIRECTOR

FREI BETTO

SECRETARIA DE REDACCION

CLAUDIA KOROL

CONSEJO DE REDACCION

ALONSO AGUILAR (México)

LEONARDO BOFF (Brasil)

LUIS BRUNATTI (Argentina)

CHICO BUARQUE DE HOLLANDA (Brasil)

MANUEL CABIESES (Chile)

DANIEL CAMACHO (Costa Rica)

ANTONIO CANDIDO (Brasil)

FERNANDO CARDENAL (Nicaragua)

GILBERTO CARVALHO (Brasil)

NILS CASTRO (Panamá)

JOEL CAZAL (Paraguay)

HUGO CORES (Uruguay)

JAVIER DIEZ CANSECO (Perú)

ROBERTO DRUMMOND (Brasil)

PATRICIO ECHEGARAY (Argentina)

PAULO FREIRE (Brasil)

ADOLFO GILLY (México)

PABLO GONZALEZ CASANOVA (México)

LUIS EDUARDO GREENHALGH (Brasil)

SCHAFICK JORGE HANDAL (El Salvador)

RENE IRURZUN (Argentina)

NARCISO ISA CONDE (República Dominicana)

OSVALDO LEON (Ecuador)

FERNANDO MARTINEZ HEREDIA (Cuba)

FERNANDO MORAIS (Brasil)

ERIC NEPOMUCENO (Brasil)

CARLOS NUÑEZ (México)

GERARD PIERRE CHARLES (Haití)

ALI RODRIGUEZ (Venezuela)

EMIR SADER (Brasil)

VOLODIA TEITELBOIM (Chile)

LISANDRO VIALE (Argentina)

NESTOR VICENTE (Argentina)

GILBERTO VIEIRA (Colombia)

DAVID VIÑAS (Argentina)

PEDRO VUSKOVIC (Chile)

DISEÑO Y DIAGRAMACION
ANDREA CHASKIELBERG

EDICIONES LIBERARTE / PROVISERV S.R.L
PTE. PERON 1980 - 2 PISO - OF. 19
TEL. / FAX (54-1) 953-2934
BUENOS AIRES - ARGENTINA

COMPOSICION ARMADO DE PELICULAS Y
FOTOCROMOS
PHOTO LETTERING S.A.
BUENOS AIRES:
COMBATE DE LOS POZOS 465 TEL.: 942-3618
IMPRESION
EDITORIAL ANTARTICA S.A.C.I.F.E. /
PHOTO LETTERING S.A.

REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL EN TRAMITE

AMERICA LIBRE 2/ ABRIL-MAYO '93

AMERICA LIBRE /3

AMERICA DEBATE

Crisis y reestructuración del capitalismo en América latina. *Alonso Aguilar Monteverde/ 6 (México)*

De movimientos sociales a partidos populares. *Nils Castro/ 18 (Panamá)*

Haití: 500 años de violencia y de evangelización. *Gilles Danroc/23*

La liberación a escala. *Eleuterio Fernández Huidobro/ 32 (Uruguay)*

Sobre la revolución. *Helio Gallardo/ 34 (Costa Rica)*

Permiso para pensar. *Carlos Núñez Hurtado/ 46 (México)*

Del liderazgo global de Bush a la nueva resolución de Clinton: La política Imperial de los '90. *James Petras y Chronis Polychromou/ 62 (EE. UU.)*

AMERICA RESISTE

Que no nos toquen los viejos. *Miguel Zárate y Antonio Fortel 68 (Argentina)*

Cuando el conflicto se agudiza la causa de Camilo es nuestra causa. *Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar/ 73 (Colombia)*

Los años del lobo: Paraguay. *Stella Calloni/ 79*

Otra visión del Uruguay. Respuesta a Hugo Cores. *Ugo R. Codevilla/ 85*

AMERICA PREGUNTA

Lula prioriza el combate contra el hambre de 65 millones de brasileños. *Entrevista de Frei Betto a Lula/ 89*

Causa R. Pablo Medina. Secretario gral. de Causa R. de Venezuela. *Entrevista de Emir Sader/ 95*

AMERICA LEE

La violencia y la memoria. *Oswaldo Bayer./ 104*

Pedagogía de la esperanza. *Diálogo con Paulo Freire./ 108*

AMERICA: ENCUENTROS Y DOCUMENTOS

Primer Congreso nacional de los Movimientos Populares del Brasil. *José A. de Melo./ 118*

AMERICA RECUERDA

José Carlos Mariátegui/ 122

Marxismo romántico. *Michael Lowy/ 131*

M E X I C O



ALONSO AGUILAR MONTEVERDE

CRISIS Y REESTRUCTURACION DEL CAPITALISMO EN AMERICA LATINA

Desde que se produjo el desplome del socialismo en Europa y desapareció la Unión Soviética, sobre todo en los Estados Unidos y otros países occidentales se advierte un triunfalismo revelador. La guerra fría –se dice– concluyó con una aplastante victoria norteamericana; los Estados Unidos son hoy la única superpotencia y el capitalismo, de nuevo, como antes de la revolución de octubre, de hecho es un sistema universal. Algunos van tan lejos que aseguran catastróficamente que estamos ante el fin de la historia, lo que equivale a creer que el capitalismo no sólo es el último sino incluso el único de los mundos posibles y que, por tanto, frente a él no hay alternativa. Lo cierto es que muchos ni siquiera hablan ya de capitalismo sino de que vivimos bajo un nuevo orden, una sociedad posindustrial interdependiente y de alto nivel científico-tecnológico, basada en la producción “compartida” a escala global, y en la que imperan la libertad, la democracia y el progreso en todos los órdenes. Lo cual, ciertamente, podría discutirse.

De la crisis se habla también ya muy poco y, o bien se alude a ella de manera imprecisa, o bien se sugiere que ya quedó atrás y que, en tal virtud no es el problema que hoy debiera preocuparnos. Quienes así piensan han dejado de utilizar ciertas categorías históricas y aun prescinden de la economía y otras ciencias sociales para explicar, de manera pragmática, lo que acontece. Y quienes gustan hablar tan sólo de los éxitos del capitalismo, se desentienden y explicablemente dan la espalda al lado oscuro del sistema, esto es al mundo subdesarrollado y pobre, sin duda capitalista, en el que vive nada menos que la mayor parte de la humanidad. Pero como a mí se me pidió ocuparme de la crisis del capitalismo en América Latina, a riesgo de parecer anticuado a quienes creen que el neoliberalismo ha resuelto nuestros más graves problemas e incluso está en vías de convertir a dos o tres países latinoamericanos en naciones del primer mundo, tendré que referirme a realidades, a la dura realidad que algunos prefieren evadir, y utilizar además el instrumental de análisis que, cualesquiera que sean sus limitaciones y fallas, la ciencia social pone a nuestro alcance.

Que el capitalismo es, y en varios países desde hace más de un siglo, el modo de producción dominante en América Latina, es algo que no requiere de especial demostración. Esto no es preciso porque tal fue uno de los temas del que con mayor atención se ocupó la ciencia social latinoamericana, particularmente entre los años cincuenta y setenta, y que yo sepa no hay a estas horas quien dude que, a excepción de Cuba, nuestros países son capitalistas. Lo que en todo caso puede debatir es si el capitalismo latinoamericano está en crisis y, de ser así, de qué crisis se trata y qué podemos hacer frente a ella.

Para los defensores de la política neoliberal hoy en boga, la crisis, que en realidad nunca afectó las bases mismas del sistema, ha quedado atrás y no es ya grave, pues en general empezamos a gozar de cierta estabilidad y el crecimiento económico se ha reanudado. Para quienes, en cambio, consideran que esa política no es la solución sino incluso la causa de nuestras mayores dificultades, mientras siga en acción habrá problemas, que sólo una política diferente podrá resolver. O sea que si bien ambas posiciones discrepan grandemente en la explicación de lo que acontece, a la vez coinciden en cuanto a que una y otra sitúan el problema en el plano superestructural de la política, y no en el propiamente estructural del sistema y su actual crisis.

En mi opinión Latinoamérica vive bajo una crisis, una crisis del capitalismo ya muy prolongada y profunda, distinta de las previas y que no es sólo económica —ni meramente cíclica— sino social, ideológica e incluso política, es decir realmente global. Desde luego esa crisis no se expresa en forma idéntica en todos nuestros países ni es hoy igual que hace unos años; pero sigue presente, y reconocer tal hecho es necesario para saber cómo actuar. Postular que la crisis persiste no significa que no haya habido cambios, sino más bien que pese a ser hoy las cosas muy distintas de las de hace cinco o diez años, los cambios no fueron suficientes o no fueron los que se requerían para resolver ciertos problemas.

LA CRISIS ECONOMICA

Si se repara, por ejemplo, en lo que ocurre a la economía latinoamericana¹ se advierte que:

El producto interno bruto sólo creció 2.4% en 1992,

contra 3.5% en el año previo, y apenas 0.8, 0.9 y 0.3 entre 1988 y 1990, lo que indudablemente deja ver que el crecimiento económico sigue siendo muy lento e inestable.

Medido por habitante, el PIB incluso retrocedió -1.2%, -1.1 y -1.6 en 1988-90, y en los dos últimos años se elevó 1.6 y 0.5%, lo que de nuevo da cuenta de que la crisis, una severa crisis, sigue presente. Decimos esto porque, en términos relativos, el PIB por habitante en 1992, de 92.7, fue todavía no sólo muy inferior al de 1980 (100.0), sino incluso al de 1987, que alcanzó 94.4. Y el que el PIB haya crecido el año pasado con cierta rapidez en Argentina, Chile, Venezuela y algún otro país, no altera la situación, sobre todo si se tiene presente que el crecimiento de México en 1992 fue muy lento y Brasil sufrió incluso un nuevo retroceso.

No disponemos aún de cifras acerca de la formación de capital en la región durante 1992. Mas a juzgar por lo acontecido en México y otros países, siendo cierto que la tasa de inversión se ha elevado lo es también que todavía es inferior a la de 1980-81, y por tanto insuficiente para hacer posible una renovación significativa del capital fijo, y que su composición ha cambiado en favor de la inversión financiera, en buena parte improductiva, lo que revela que se ha roto la relación que antes existió entre la inversión y el fortalecimiento de la estructura productiva. La crisis no sólo ha significado la caída de la inversión en su conjunto, sino sobre todo de la inversión pública —que suele tener un mayor efecto multiplicador; en cuanto a la inversión privada, la que más ha aumentado es la de los grupos más poderosos, entre los que destacan las empresas trasnacionales. Y por lo que hace a sus componentes, a menudo es la construcción, y no la maquinaria y equipo y sobre todo la producida internamente, la que más ha crecido.

En parte a consecuencia de ello, también los mayores avances tecnológicos —que en no pocos casos han sido importantes— se circunscriben a esos grupos mientras que la infraestructura pública se ha deteriorado y las empresas pequeñas y medianas sufren, en general, un manifiesto rezago. Y si a ello se agrega que también son aquellos grupos los que disponen de mayores recursos financieros, mejores niveles de organización, personal más calificado y

más fácil acceso a los mercados, se advierte fácilmente que los más altos niveles de productividad, capital e ingreso por persona ocupada corresponden asimismo a ellos.

El lento crecimiento de la demanda y del ingreso; el que las más cuantiosas inversiones y la nueva tecnología se concentre en los grupos más poderosos y en procesos de alta intensidad de capital, contribuye a que el nivel de ocupación no aumente en condiciones satisfactorias y aun a que crezcan el desempleo y el subempleo y prolifere la llamada economía "informal".

Pero el que ese y otros signos revelen presiones deflacionarias no impide que, a la vez, la inflación haga serios estragos, reduzca severamente el poder de compra del grueso de la población y sea un obstáculo al desarrollo difícil de rebasar. El que la tasa de aumento de los precios sea hoy menor que entre 1988 y 1990, aunque superior a la del 91 no significa que, como algunos sugieren, estemos a punto de recobrar la estabilidad de otros tiempos. El solo hecho de que la inflación en Brasil sea de más de 1.100% es muy grave. Lo es también el que en Perú, Uruguay y Ecuador, los precios en el último año hayan subido entre 56 y 66% e incluso que en Colombia y Venezuela el alza oscile entre 25 y 34% y el que, aun en las economías menos inestables, los precios sigan elevándose mucho más que en los países industriales con los cuales tienen relaciones económicas más estrechas. Y aunque el déficit del sector público es menor que hace unos años, en la mayor parte de nuestros países sigue exhibiendo un desajuste financiero y es un signo de inestabilidad.

Particularmente revelador de esa inestabilidad suele ser el mercado de valores, adonde como se sabe afluye buena parte de la inversión financiera tanto interna como extranjera, en busca de rendimientos que en general superan con mucho a los que se obtienen en otros sectores, pero que están expuestos a grandes fluctuaciones que a menudo entrañan masivas transferencias de ingreso de los que tienen menos a los que tienen más.

La inestabilidad no es, desde luego, un fenómeno meramente interno. Se advierte también, y a veces incluso con mayor intensidad, en lo que podría llamarse el frente externo. En 1992, por ejemplo, el balance del comercio de mercancías fue deficitario para la región en

-5.910 millones de dólares —aunque ello fue así debido en gran parte al fuerte desajuste de México (de casi 21 mil millones) y en menor medida del Caribe—, en tanto que en el 91 —y sobre todo en los años previos en que el crecimiento económico fue casi nulo, las importaciones cayeron severamente y la principal preocupación de muchos gobiernos era pagar la deuda externa— fue superavitario, toda vez que Latinoamérica fue entonces exportadora neta de capital.

En el propio año 92, el saldo de la cuenta corriente —esto es incluidos bienes y servicios— fue también negativo, alcanzando -32.720 millones de dólares, contra -19.401 millones en el 91 y -6.171 en el año previo. De nuevo, las importaciones de mercancías de México, -46.205 millones, que superan a las hechas en conjunto por Brasil, Argentina y Venezuela, influyeron grandemente en ese resultado. Y lo que permitió compensar ese enorme déficit fue una fuerte entrada de capital extranjero, de más de 57 mil millones de dólares —vía inversiones directas, créditos y repatriación de fondos que permanecían en el exterior—, y de los cuales 23.250 millones se destinaron a México.

Al respecto suele decirse que el desequilibrio en cuenta corriente no es grave, pues como ocurrió en el último trienio puede ser cubierto por fondos que vengan de fuera. Mas lo cierto es que el déficit expresa el subdesarrollo, la dependencia y la debilidad de nuestras economías frente a las de los países industriales, el deterioro en la relación de intercambio, el impacto desfavorable de la política neoliberal, los efectos de una crisis que no logramos superar y el peso de la deuda externa, problema que si bien tiende a soslayarse, sigue cobrando un alto precio.

Al cierre de 1992, el saldo de esa deuda fue de 451 mil millones de dólares, siendo Brasil, México y Argentina los países más endeudados, con 124.700, 106 mil y 58 mil millones de dólares, respectivamente. Tan sólo en ese año los pagos por intereses reclamaron 30 mil millones de dólares, y 33 mil millones en el 91. Y aunque el impacto de esa transferencia sobre las exportaciones y el PIB fue menor que en los peores momentos de la crisis, como bien observa la CEPAL, lo cierto es que "...los pagos de intereses siguen absorbiendo una proporción todavía excesiva de las divisas de la región..."²

Podríamos destacar otros hechos que sin duda comprueban que la crisis capitalista no ha sido superada. Pero me limitaré a recordar que los salarios mínimos en términos reales, que en rigor siempre han sido bajos en Latinoamérica y que en 1980 eran de 100, en 1992 sólo alcanzaban 61.5 puntos en Uruguay, 55.4 en Brasil, 44.5 en Argentina y 42.0 en México. En Chile fueron iguales y en Colombia sólo 3.2% superiores a los de 12 años antes. Incluso las remuneraciones medias reales bajaron fuertemente en ese lapso en Perú y Uruguay y en menor escala en Argentina y México. Y si bien subieron en Brasil y Colombia, en ambos países tales remuneraciones fueron inferiores a las de 1984-86. Todo lo cual significa que los salarios representan hoy una proporción del ingreso nacional muy inferior a la de hace diez o doce años.³

LA PROBLEMATICA SOCIOPOLITICA

Acaso el más grave problema social de América Latina es actualmente el de la desigualdad entre ricos y pobres. Según la CEPAL, entre 1986 y 1990, los pobres en América Latina y el Caribe aumentaron de 136 a 196 millones. Y mientras que en el primero de esos años el 41% de la población de América Latina vivía en condiciones de pobreza, en 1990 ese porcentaje era ya de 45.9%, y de 22% el que vivía “en situación de indigencia”.⁴ – Con razón el presidente del BID, Enrique Iglesias, considera que: “El modelo de transformación económica que los países de América Latina ponen en práctica desde hace una década está amenazado por la fatiga que genera la falta de distribución de la riqueza y los largos plazos antes de la llegada de las soluciones...”⁵

Hoy en día es un lugar común hablar de la desigualdad social en América Latina, y en particular, hacer notar que la llamada “extrema pobreza” se extiende dramáticamente. De los ricos se sabe y habla menos, y cuando se manejan ciertas cifras se señala a menudo que el 10 o 20% de la población concentra el grueso de la riqueza y el ingreso, lo que en efecto es así. Pero la verdadera dimensión de la desigualdad –y de la concentración– es mucho mayor de lo que esas cifras sugieren. Debido al alto grado de monopolio

en la estructura y funcionamiento de la economía, lo cierto es que si bien la clase dominante en su conjunto es dueña de prácticamente todo, las fracciones más poderosas o sea la oligarquía, pese a representar digamos mucho menos del uno por millar en la población, de hecho son las que controlan la riqueza. En el caso de México, por ejemplo, el capital se ha concentrado de tal manera sobre todo en los últimos años que podría decirse que, por lo que hace a los grupos empresariales mexicanos –esto es no considerando al Estado ni al capital extranjero–, en realidad no son más de ochenta a cien, en general ya bastante complejos, modernos, eficientes y altamente integrados, los que dominan casi toda la economía, desde la minería a las manufacturas, la construcción, el comercio, las comunicaciones, el transporte y los servicios financieros.

Pues bien, a la desigualdad y especialmente a la pobreza y el abandono en que viven millones de latinoamericanos, se asocian otros graves problemas sociales como el desempleo, la mendicidad, vagancia, inseguridad, drogadicción, delincuencia, excesiva burocracia, autoritarismo, arbitrariedad, corrupción y creciente inconformidad, en los que se expresan tanto el subdesarrollo como la crisis, agudizada a veces por la conservadora política neoliberal que tiende a reducir el gasto público y concretamente el apoyo a la educación, la vivienda, la salud y el mejoramiento del medio ambiente y de los servicios urbanos.

Con frecuencia se asegura que en los países en donde hay elecciones que formalmente se ajustan a la ley y la clase en el poder no se enfrenta a problemas que amenacen su dominación, en rigor no puede hablarse de una crisis política. Lo cierto, sin embargo, es que las manifestaciones políticas de la crisis se advierten también en esos países, y cuando no se resuelven los problemas socioeconómicos o se ahondan las discrepancias en el seno del bloque dominante o entre éste y otras fuerzas, incluso tienden a agravarse. Las formas que adopta la crisis política no son, obviamente, idénticas; pero algunas bien conocidas son éstas: En algunos países no hay elecciones confiables, la democracia política es cada vez menos representativa y a menudo sólo vota una pequeña proporción del electorado que apoya a candidatos conservadores y casi siempre de extracción burguesa. El funcionamiento del Estado suele ser también antidemocrático pues muchas decisiones se

toman burocráticamente de arriba abajo y aun al margen de la ley, el peso del presidencialismo es muy grande, abundan los poderes legislativos que dependen del Ejecutivo y que, de hecho no legislan; frecuentemente se restringen y aun cancelan ciertas libertades, se violan derechos humanos y en particular derechos laborales, que los trabajadores han conquistado tras largas y duras luchas. En fin, la falta de democracia se da incluso en los llamados partidos democráticos y en el movimiento sindical, que en general se han debilitado, y la cada vez mayor y más profunda dependencia del capital trasnacional, y de los grandes imperios que intervienen en nuestros asuntos internos y aun pretenden decidir nuestro destino e imponernos ciertos “modelos” de desarrollo, inoperantes e inaceptables, constituyen otros signos de la crisis política, que en el plano ideológico exhibe, como una de sus principales contradicciones, el divorcio cada vez mayor entre lo que se dice y lo que se hace.

El creciente acuerdo entre el Estado y los grupos más poderosos contrasta con su alejamiento de las capas medias y el pueblo en su conjunto.

Todo lo cual comprueba que si bien la política neoliberal hoy en acción influye indudablemente en la situación latinoamericana, en mucho mayor medida lo hacen el capitalismo en el cual opera esa política, el subdesarrollo y las deformaciones estructurales propias de ese sistema y la prolongada y profunda crisis, crisis que desde luego no es privativa de América Latina o de los países económicamente atrasados, sino que afecta también a las naciones industriales. Lo que, en otras palabras significa que el trazo de una estrategia alternativa de desarrollo desborda en mucho el marco de la política neoliberal; reclama por tanto mucho más que sustituir esa política por otra, y supone enfrentarse exitosamente a una crisis que, lejos de ser tan sólo expresión del agotamiento de un “modelo” determinado de reproducción, lo es del modo de producción capitalista en su conjunto, en la presente fase de su desarrollo.

CRISIS, POLITICA NEOLIBERAL Y REESTRUCTURACION CAPITALISTA

A últimas fechas se habla mucho de “reestruc-

turación”, lo que se explica porque en ella se expresa la crisis y, a la vez, la política con la que se le hace frente. En realidad no es fácil entender en qué consiste esa “reestructuración” y en particular los cambios que sufre el capital, sobre todo cuando apologeticamente se sugiere que con ella lograremos superar la crisis y reanudar, sin tropiezos, el desarrollo. Y tampoco ayuda menospreciar los cambios y negarles significación.

En las líneas que siguen recordaré algunos aspectos de la reestructuración del capital que se desenvuelve en México en estos años, pues ello puede ser más útil al lector que referirme, aun con mayor generalidad y esquematismo, a lo que ocurre en toda nuestra América.

Debido a la brusca caída de la producción y a la contracción de la demanda, a la interrupción del crédito externo y al sobreendeudamiento, aun muchas de las empresas mexicanas más poderosas y aparentemente más sólidas, después de 1982 caen de hecho en una quiebra técnica. En pleno neoliberalismo, sin embargo, el Estado las apoya generosamente, ayudándoles a renegociar sus deudas y facilitándoles cerca de 12 mil millones de dólares para satisfacer las exigencias de sus acreedores extranjeros, sin que les afecte la devaluación del peso. Las empresas pequeñas y medianas, en cambio, sufren las perjudiciales consecuencias de la crisis y del programa de ajuste, y se debilitan grandemente.

De entonces a 1986, la situación de los principales grupos empresariales sigue siendo difícil, y la mayor parte de ellos opera con pérdidas, que algunos compensan con ingresos financieros que proceden de la disponibilidad de liquidez y de las altas tasas de interés que paga el Estado por su deuda y los rápidos incrementos de precios en el mercado de valores, hasta el crash de octubre de 1987.

A partir de ahí, la posición de los más poderosos grupos empresariales se refuerza, advirtiéndose ya los efectos de una reestructuración que, con explicables variantes, incluye a menudo:

La reorganización corporativa, la reducción del personal administrativo incluso de alto nivel, formas más complejas de integración y mejor división interna del trabajo y centralización-descentralización de ciertas funciones;

La reestructuración productiva, que supone prestar mayor atención a ciertos campos, productos y procesos,

así como dejar y aun cerrar otros menos costeados, y relocalizar y ampliar los centros de producción;

La incorporación de nuevos avances tecnológicos, que a su vez significa adquirir maquinaria y equipo más modernos y eficientes, hacer mejor uso de ellos, preparar personal calificado para su empleo y extender la computarización y automatización, sobre todo en las ramas más importantes y de rápido crecimiento, lo que en general reclama cuantiosas nuevas inversiones;

La reorganización financiera, o sea la capacitación para obtener, a corto y largo plazo, mayores y menos caros recursos financieros tanto en México como en otros países, lo que a menudo se logra abriendo las empresas a nuevos accionistas, inscribiéndose en la Bolsa para ofrecer valores públicamente, vinculándolos de un modo u otro a algún banco, adquiriendo negocios de intermediación financiera e incluso formando parte de un grupo financiero y cobrando acciones y otros títulos en el extranjero;

La adquisición, por parte de algunos grupos, de importantes empresas antes en poder del Estado, que ahora se venden a precios atractivos y que permiten ampliar el radio de operaciones de aquéllos;

La asociación más estrecha con el capital extranjero —casi siempre transnacional— para facilitar la modernización tecnológica, disponer de mayores recursos financieros y de más fácil acceso al mercado exterior;

La reorganización y ampliación de la red comercial, tanto para consolidar su posición en el mercado interno como, a menudo, para introducirse a mercados extranjeros;

Y, muy importante, la modificación de la relación capital-trabajo, debido a que la reestructuración de estos años significa casi siempre reducción y reubicación de personal, nuevas formas de división del trabajo e intensificación de éste, mayor capital y producción por trabajadores, debilitamiento de la organización sindical, descenso del salario real relativo (o sea tomando en cuenta el aumento de productividad) y, en resumen, control del mercado laboral y mayor explotación de la fuerza de trabajo, para elevar la tasa de ganancia, lo que la mayor parte de los grupos empresariales más importantes consiguen, sobre todo a partir de 1987-88.

Los rasgos anteriores del proceso de reestructuración se advierten especialmente en los grupos industriales, comerciales y de servicios no financieros. Aun en los difíciles años que van de 1982 a 92 ciertas actividades se consolidan e incluso crecen con rapidez, renegocian y disminuyen su deuda, se reorganizan y usan mejor los recursos a su alcance, elevan su productividad y realizan importantes inversiones para modernizarse tecnológicamente, lo que a menudo se combina con la reducción de personal, contando ahora con mejores instalaciones, mayores recursos financieros y mercados más amplios incluso en el exterior, y con el abierto apoyo del Estado. Entre otras actividades lo anterior se observa en las industrias del vidrio, cemento, hierro y acero, diversos sectores de la metal-mecánica, química y petroquímica, cerveza y otras, de aquellas que en general controla el capital nacional⁶, y entre las que a menudo son de capital extranjero, son muy importantes los avances de la automotriz y otras de maquinaria y equipo, la electrónica, también la químico-petroquímica y aun varias líneas de producción de alimentos.

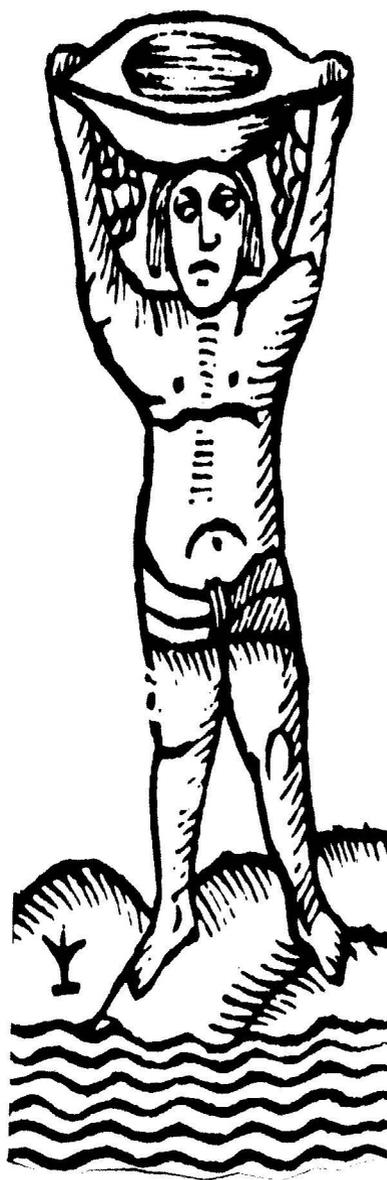
En cuanto a los intermediarios financieros las cosas son diferentes, aunque aquí también se producen profundos cambios y cobran fuerza nuevos capitales. La concentración del capital bancario cobra impulso desde años atrás y se refuerza en los años setenta, al convertirse la banca departamental en banca múltiple. En 1982 se nacionalizan los bancos antes privados, pero la medida no afecta a otros negocios financieros en que los bancos tenían inversiones, y que el gobierno no consideró propiamente bancarios. Al nacionalizarse la banca se redujo grandemente el número de instituciones en operación y prosiguió la concentración y reestructuración del capital, que ahora se apoya, además, en el rápido crecimiento —que el propio Estado auspicia— de casas de bolsa y de cambio, sociedades de inversión, compañías de seguros, empresas de factoraje, almacenamiento, arrendadoras, inmobiliarias y otras que, como dio en llamársele, en efecto se vuelven una “banca paralela”. Y en 1990 se autoriza legalmente la formación de grupos financieros, de los que actualmente operan unos 20, en cuya dirección figuran prominentes empresarios y que en varios casos se ligan estrechamente a poderosos grupos industriales, y entre los que podría decirse que diez —y

sobre todo seis— de ellos controlan el grueso de los activos, de los ingresos, las utilidades y la estructura institucional.⁷

La política neoliberal de fortalecer al capital privado, en el caso de México se caracteriza, además, por ofrecer crecientes facilidades a la inversión extranjera. Tan sólo la industria maquiladora, que incluye múltiples procesos y productos y de la que la mayor parte de sus plantas —3 de cada 4— operan en la frontera norte con fines de exportación, en 1993 proyecta emplear alrededor de 550 mil personas y producir 26 mil millones de dólares. En cuanto a la industria extranjera que surte tanto el mercado interno como exterior —automotriz terminal, de motores, química y petroquímica, electrónica y otras— también se reestructura y moderniza. Y México, y sobre todo la política del actual gobierno, resulta tan atractivo al capital del exterior que mientras al cierre de 1989 el saldo de la inversión directa era de 24.087,4 millones de dólares, al concluir 1992 alcanzaba ya 50.792,6 millones, a lo que habría que añadir una inversión de cartera también muy cuantiosa y una deuda externa enorme —como ya se dijo de 106 mil millones—, todo lo cual exhibe la profunda dependencia, aquí concretamente financiera, respecto, sobre todo, a los Estados Unidos.

El capital estatal, por su parte, que había crecido con rapidez especialmente bajo el auge petrolero de fines de los años setenta, en realidad fue el primero en sufrir las consecuencias de la conservadora política neoliberal. Y a la caída inmediata y severa de la inversión pública siguió después la llamada “desincorporación” de más de 1.100 empresas paraestatales, que en su mayor parte —e incluidas algunas estratégicas y que legalmente sólo el Estado podía operarse vendieron a precios a menudo muy atractivos para los compradores⁸, y que no obstante en conjunto permitieron al gobierno disponer, según ciertas estimaciones, de más de 16 mil millones de dólares. Lo que deja ver que si bien el capital y en consecuencia la capacidad productiva del Estado se redujeron sensiblemente, la cantidad de dinero en su poder se incrementó como nunca antes.

En resumen, la reestructuración del capital y por tanto del capitalismo en México, y seguramente en otros países de nuestra América, en los últimos diez a doce años ha sido profunda y expresándose en múltiples cambios, que a



menudo se relacionan estrechamente y aun dependido de otros que afectan al sistema en su conjunto. Así por ejemplo:

De estos últimos, en particular, quizás el más importante consista en que el proceso de internacionalización de la vida social y económica que acompaña al capitalismo desde sus orígenes, se intensifica como nunca antes, adopta nuevas modalidades y ejerce una cada vez mayor influencia en la producción, la tecnología, el comercio, el movimiento financiero y aun la ideología y la política. Y a consecuencia de ello el capital monopolista se integra de nuevas maneras, se refuerza y agrupa en tres poderosos bloques regionales como son la CCE, la llamada Cuenca del Pacífico y la Iniciativa para las Américas, cuya primera fase es el TLC que negocian Estados Unidos, Canadá y México.

Un segundo hecho ligado al anterior, también de gran importancia y del que sin embargo casi no se habla, pero que de ignorarlo no entenderíamos lo que acontece en Latinoamérica, es el imperialismo, esto es el papel que juega el capital monopolista a escala internacional, y que pese a variantes y aun contradicciones, en los últimos años significó para nuestros países: masivas transferencias de fondos al extranjero tanto por el oneroso servicio de la deuda externa como por la inestabilidad y falta de confianza de los capitalistas latinoamericanos, manipulación de precios y acentuación del intercambio desigual, costosa transferencia de tecnología, movimientos financieros inestables y aun especulativos, y en el caso de México y otros países, a la vez, rápido aumento y reubicación de la inversión extranjera y tendencia a imponer la política neoliberal como supuesta condición para que nos modernicemos y respondamos a los retos de la "globalización", aunque en realidad se trata de una re inserción en la economía que fundamentalmente responde a los intereses del capital trasnacional.

Tanto la crisis como esa política y el tipo de reestructuración en proceso elevan el grado de monopolio y modifican el juego de relaciones y de contradicciones que afectan la acumulación del capital y el funcionamiento del mercado. La menor intervención reguladora del Estado contribuye a que los precios, que en apariencia resultan de

la acción espontánea de la oferta y la demanda, en realidad sean a menudo precios de monopolio que el capital más poderoso, nacional y extranjero, impone al consumidor, y que lejos de significar un equilibrio macroeconómico y el uso racional de los recursos disponibles, se traduzcan en desajustes internos y externos, desperdicio, capacidad productiva ociosa, gasto e inversión improductiva, especulación, inflación y desempleo.

El fortalecimiento del capital, desde luego, no es uniforme. Por el contrario se trata de un proceso muy desigual y contradictorio. En México, en particular, el más rápido desarrollo corresponde a la industria maquiladora extranjera; a otros grandes consorcios, también trasnacionales, que producen no sólo para el exterior sino para el mercado interno, en ramas como la automotriz, electrónica y otras; así como a muchos de los más poderosos grupos empresariales mexicanos, entre los que recientemente cobran gran importancia varios nuevos grupos financieros. En cambio es indudable que el capital estatal se debilita y que lo mismo ocurre al capital privado no monopolista; y en cuanto a las empresas pequeñas y medianas, muchas tropiezan con muy serias dificultades y aun se liquidan o quiebran, otras sobreviven sin mayores cambios y otras más se reorganizan e insertan, de manera subordinada y débil, en los nuevos esquemas creados por los grupos más fuertes.

La reestructuración trae consigo cambios en la estructura económica. Mientras algunas actividades se modernizan y vuelven más eficientes, otras se rezagan, lo que hace más desigual el desarrollo. La concentración y centralización se intensifican. Nuevas líneas productivas desplazan a las tradicionales, y aunque la inversión financiera crece más que la real y el dinero en circulación es en gran parte capital ficticio que alienta la especulación, la inflación y el consumismo, ciertas ramas de la industria en poder de grandes consorcios nacionales y extranjeros se consolidan y refuerzan, lo que permite a México convertirse en un país fundamentalmente productor y exportador de manufacturas. El comercio y algunos servicios también se modernizan en torno al autoservicio, las tiendas en cadena y grandes centros comerciales, y ante el peligro de que la liberalización, las facilidades a la inversión extranjera y el TLC por aprobarse desaten una severa competencia que

resulte muy desfavorable para los empresarios mexicanos, éstos se reorganizan y a menudo se asocian con firmas extranjeras que controlan la tecnología o tienen posiciones de liderazgo en sus respectivos campos.

Aunque esos y otros cambios afectan la relación entre los diversos segmentos del capital, lo que seguramente más se modifica es la relación capital-trabajo. La caída del gasto y la inversión públicos, el repliegue neoliberal del Estado y el intento de “racionalizar” su funcionamiento a partir de criterios mercantiles, se hacen con continuos recortes de personal que resultan en creciente desempleo. Aun en las actividades más dinámicas el avance tecnológico y el aumento de productividad se traducen con frecuencia también en despidos de numerosos trabajadores. Y las dificultades y el cierre de muchas empresas pequeñas y medianas se vuelven fuentes de una sobreoferta de mano de obra dispersa, no organizada y barata, que presiona el mercado de trabajo y, en particular, los salarios.

En otras palabras, mientras el capital monopolista privado, con relativamente poco personal –aunque, a la vez, gran influencia en el mercado laboral– controla el grueso de la producción y el ingreso, la inversión, la tecnología más avanzada, los recursos financieros y el mercado, la mayor parte de los trabajadores se ocupan en empresas pequeñas y medianas, en general de escasos recursos y bajos niveles de organización que, cada vez en mayor medida, dependen de las grandes y de los canales comerciales controlados por ellas.

Los bajos salarios son consecuencia de la crisis, y también del tipo de reestructuración en marcha y de la política neoliberal. Y en tanto que tratándose de otros precios el Estado y las empresas admiten y aun recomiendan a menudo que suban pues así lo reclama el mercado, frente a los salarios y al intento de los trabajadores de preservar su poder de compra y ejercer ciertos derechos laborales, actúan autoritaria y rígidamente, a fin de disponer de mano de obra abundante que contribuya a elevar la tasa de explotación y de ganancia, e impulse la inversión y el crecimiento económico.

La reestructuración y los cambios en la relación capital-trabajo se expresan no sólo en la economía sino en la estructura social, en donde también se da una profunda

recomposición. En términos generales podría decirse que la burguesía, y sobre todo sus fracciones más poderosas se fortalecen, en tanto que los trabajadores en su conjunto, y especialmente la clase obrera, se debilitan. Pero el proceso es complejo y habría que matizarlo. La alta burguesía es la que sale mejor librada, no así la media y menos todavía sus estratos inferiores. La burguesía urbana se refuerza grandemente frente a la rural. La empresarial, sobre todo en la industria, comercio y ciertos servicios, adquiere creciente importancia, mientras la burguesía digamos burocrática y más ligada al Estado pierde terreno con la privatización. En el seno de la propia burocracia burguesa se advierten diferencias, y mientras la clase “política” tradicional se debilita, la alta tecnocracia del llamado gabinete económico cobra gran influencia. En el caso de México podría decirse que incluso se configura una nueva oligarquía, ahora compuesta en lo fundamental por los principales accionistas y altos dirigentes de los más fuertes grupos empresariales, con frecuencia asociados al capital extranjero, el que también tiene directamente a su servicio a personas de ese tipo; quienes controlan los nuevos grupos financieros y al menos algunos altos funcionarios públicos, que aparte de poner en práctica y defender a capa y espada la política neoliberal, son ellos mismos ricos que mantienen una estrecha relación con los inversionistas y hombres de negocios más importantes.

La recomposición social afecta también a las capas medias y, desde luego, a los trabajadores de menores ingresos. Salvo excepciones que confirman la regla, lo más llamativo y característico de las primeras es el deterioro de sus niveles de ingreso y de vida; y por lo que hace a los trabajadores, incluyendo en primer lugar a los obreros, salvo una pequeña proporción vinculada a los grupos más fuertes, mejor preparada, cuyo empleo es relativamente estable, y cuyos salarios reales son incluso mejores que antes, la mayoría vive en condiciones precarias y aun muy pobres, y millones de hombres y mujeres engrosan el desempleo y el subempleo, en la economía formal y a menudo, sobre todo, “informal”.

Como es lógico, la reestructuración social y la cada vez mayor diferenciación y desigualdad en que se expresa, avivan y multiplican las discrepancias y contradicciones, extienden la inconformidad y desenlazan en toda clase de

forcejos y conflictos. A estas horas ninguna posición es aceptada por todos. Fuerzas que hasta hace poco obraban de común acuerdo, se escinden y aun se enfrentan unas a las otras. Y al mismo tiempo grupos y organizaciones muy heterogéneos actúan de nuevas maneras, a menudo en forma espontánea, pero tratando de sumar esfuerzos y abrir paso a justas demandas. El autoritarismo de la política neoliberal, que en realidad ha tratado de imponer un nuevo orden de arriba abajo, no ha tenido éxito. En sus propias filas se advierten ya marcadas diferencias. Y derrotada esa conservadora y antipopular política en Inglaterra, Estados Unidos y otros países, difícilmente podrá prevalecer en los nuestros.

Parece razonable pensar así porque no obstante los cambios, la crisis, como ya vimos, persiste. Y si bien se registra una masiva desvalorización y reestructuración del capital, se redistribuye regresivamente el ingreso, se logra un indudable avance tecnológico, se desemplea a millones de trabajadores, se intensifica la explotación y eleva la tasa de ganancia al menos de los capitales privados que más influyen en la economía, todo ello no ha sido suficiente para renovar el capital fijo productivo y abrir una nueva fase de expansión. Quien haya pensado que la llamada revolución científico-técnica y el aumento de la inversión privada bastarían para dar nuevo impulso al desarrollo capitalista, evidentemente se equivocó. Lo cierto es que la computarización, la revolución en las telecomunicaciones y otros avances, no son innovaciones comparables a las que, en otros tiempos, permitieron al capitalismo crecer, a largo plazo. Pese a todos los cambios sigue presente la sobreacumulación de capital y la demanda existente no logra que la producción y el empleo aumenten, y menos ahora, en que los mecanismos de regulación se debilitan y no es ya la inversión productiva la que hace crecer el ahorro y el ingreso sino el gasto improductivo, la inversión financiera a menudo especulativa, el consumismo y las deudas lo que permite disponer de más dinero que en gran parte se crea artificialmente y no procede ya de la producción misma. Lo que quiere decir que, con todo y ser tan profunda, la crisis actual ya no cumple el papel correctivo de las crisis clásicas de sobreproducción y que una alta tasa de ganancia del capital monopolista no es ya un motor sufi-

ciente para impulsar el desarrollo del sistema y para hacer posible que los pueblos vivan mejor.

¿HAY UNA ALTERNATIVA?

Quienes creen que la historia ha llegado a su fin podrían decirnos que aun si lo anterior fuera cierto, desafortunadamente nada puede hacerse para que las cosas cambien. Pero ello, por fortuna, es falso.

Desde luego que hay una alternativa. En América Latina, concretamente, si nuestros pueblos se organizan, si en vez de actuar aislada y débilmente conjugan esfuerzos y se unen, en una integración regional bolivariana, no monroísta; si ejercen resueltamente sus derechos, si llevan a cabo reformas ya imposterables, si son capaces de sustituir las inconducentes políticas actuales por una nueva estrategia que permita impulsar y reorientar el desarrollo, enriquecer la democracia, mejorar las condiciones de vida de la mayoría y defender eficazmente nuestra soberanía. O en otras palabras, si en lugar de los actuales gobiernos de las minorías ricas los pueblos se abren paso como fuerzas hegemónicas capaces de conquistar el poder, de preservarlo y de gobernar con la participación activa y al servicio de la mayoría, seguramente podrá lograrse lo que hasta aquí no conseguimos. Que ello no es fácil, desde luego. Incluso es muy difícil, pero no imposible.

Forjar y poner en práctica una nueva estrategia de desarrollo, una estrategia propiamente alternativa, no es desde luego una tarea académica sino una casi siempre larga y penosa lucha política, en la que es necesario triunfar. Pues bien, quienes se oponen al cambio son poderosos y, como hemos comprobado a menudo, están dispuestos incluso a recurrir a la fuerza para impedirlo. Y en la medida en que esa lucha defiende la democracia y la soberanía y no se conforme con un capitalismo utópico, tendrá que proyectarse hacia una forma de organización social mejor y menos injusta, hacia un nuevo tipo de socialismo que, como pensó Mariátegui, no podrá ser copia de ningún otro sino fruto del esfuerzo y creación heroica de nuestros pueblos. ▲

NOTAS

1. CEPAL. Balance preliminar de la Economía de América Latina y el Caribe, diciembre de 1992.
2. CEPAL. Ibid, p. 24
3. En México, entre 1982 y 1992, la participación de los sueldos y salarios en el ingreso nacional disponible se redujo de 42% a 26.5%. Véase: Asa Cristina Laurell. Socialización de la pobreza y privatización de las ganancias, en Coyuntura. México, enero-febrero de 1993, p. 51.
4. Excélsior. México, 27 de noviembre de 1992.
5. Excélsior. 7 de noviembre de 1992.
6. Los grupos empresariales mexicanos más poderosos son hoy: entre los que fundamentalmente operan en la industria: Vitro, Cemex, Alfa, Carso, Minera-México, Visa, Autrey, Desc, Tamsa, Peñoles (Bailleres), Sidek, Celanese, Cydsa, Bimbo, Kimberly, Condumex e Imsa; en la construcción: ICA; en el comercio: Cifra, Gigante, Comercial Mexicana, Liberpool, El Palacio de Hierro (Bailleres); en telecomunicaciones: Telmex y Televisa; en transportes: Mexicana de Aviación, Aerovías de México y Transportación Marítima Mexicana.
7. Los diez bancos principales, entre los que destacan el Nacional de México, de Comercio, Serfin, Comermer, Invermexico e Internacional, cuentan en conjunto con cerca de 3.600 sucursales y participan con el 72% de los recursos de la banca comercial, y de ellos, en los que la relación banca-industria es muy estrecha son: Bancomer con Visa y Serfin con Vitro.
8. Entre los consorcios vendidos destacan el monopolio telefónico -Telmex-, 18 bancos comerciales, las dos principales compañías de aviación, varios grandes grupos minero-metalúrgicos, dos empresas siderúrgicas y algunas metal-mecánicas, químico-petroquímicas y otras.



Alonso Aguilar Monteverde:
*Investigador de ciencias sociales. Autor de
numerosos libros y escritos. Miembro de la
revista **Estrategia** y del Movimiento del
Pueblo Mexicano.*